

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 158

Valencia, 9 de Julio de 1937

María Carbonell, 2

EN LOS DIAS

en que las hordas de Franco, el llamado ejército nacional (germano-italiano-marroquí-etiope-requeté-falangista-portugués entraban en Bilbao, cayó en mis manos «Arriba España», diario órgano de F. E., en Pamplona. Todo el periódico, a lo largo de sus seis grandes páginas, refleja una especie de idiotismo delirante. Podría ser un buen documento para un neurólogo. Desde el grito del maníaco universalista y monumentalista, que pone en grandes caracteres a toda página la siguiente frase: «Por la unidad del orbe: Sevilla», cuya obscuridad sólo puede resultar clara en medio de la triste noche del entendimiento de quien la ha escrito, hasta esa torpe reiteración del lucero en los artículos de fondo y ese «ir cara al sol», «caer cara al sol», etc., que revela una sensibilidad delirante y una médula tarada, pasando por la contradicción de la «voluntad imperial» proclamada a cada paso mientras se reglamenta el control italiano de las carreteras, el control alemán de los cuarteles y el control católico romano de los bancos, todo es turbio, angustioso, triste. A través de esos renglones, el crimen (que es lo que se trata de justificar) es más miserable, más sucio y más increíble que nunca.

La vieja sociedad española (la anti-España que se sobrevive, pero cuyo plazo expiró ya) asoma por todas partes en forma de mendicidad, usura, estímulo a la prostitución, adulación servil, arengas confusas (Franco, Queipo, cualquiera) hasta producir mareo; ofensa y desprecio del trabajo, desconocimiento y envilecimiento de los móviles más primarios de humanidad, sucia obstinación en disfrazar de energía y de fuerza el crimen vergonzante. Todo esto entra por los ojos y nos da la impresión de haber respirado una ráfaga de aire hediondo. Nos deja asqueados y también fatigados. ¡Qué cansancio, ver que esos seres, en definitiva, son hombres! Biológicamente no podríamos negarlo, y no pudiendo negarlo, ¡qué dolor tener que verlo!

Dos artículos hallamos en los que parece que el caos trata de ser ordenado. Un folletón divagatorio en donde «se estudia desde un plano histórico» la formación de «la corriente nacional». A pesar de las facilidades que ofrece en cierto modo el «estudio» de un fenómeno inexistente, porque el escritor puede inventar libremente el hecho y la dialéctica, el artículo es una confesión involuntaria de incongruencia, de contrasentidos, de ese vacío aterrador que a los que están acostumbrados al raciocinio tiene que producirles vértigo, como el fondo de un torrente seco. El otro artículo es diferente, promete algo concreto: «El imperio ante la realidad agraria». Se sitúan ya ante una realidad. Y comienzan así: «Es preciso que vayamos estudiando las realidades de la agricultura española en la Edad Media, para sacar de ellas las lecciones de mañana». La irresponsabilidad de esta gente aterra tanto como sus crímenes. Lo único concreto que encontramos a través de ese galimatías en el que se confunden y quivocan las corrientes modernas agrarias (las que conoce todo el mundo), es la necesidad de regresar a los tiempos muertos y enterrados por la República. En otro sentido, una fuga delirante de la realidad de hoy que les huye o les vence y que de ningún modo les pertenece.

Eso de hablar constantemente del lucero, de la luna y del alto sol es lo mismo: una confesión de la subconsciencia que quiere escapar de la cruda realidad de al lado. La resistencia pasiva del pueblo, que a veces se hace activa heroica-

mente (en Sevilla y Zaragoza, aprovechando los apagones de luz en las alarmas nocturnas, se llena la ciudad de letreros que dicen «muera Franco», «abajo el fascio», «vivan los rojos»), las propias manos manchadas de sangre, los hogares apagados y en ruínas, los cientos de miles de cadáveres que no pueden enterrarse más que físicamente, que viven entre los vivos y ponen una dificultad en cada minuto del reloj del verdugo. Huyendo del verdadero nombre de eso, le llaman Imperio. Para huir de la vergüenza del crimen como sistema político de dominio, hablan del lucero y se remiten a la luna. Para adecentar al verdugo le ponen plumas blancas en la cabeza y le llaman «generalísimo invicto». Siguen las fugas, las evasiones.

Entretanto, después de los millares de niños y mujeres muertos en Durango y Guernica para «ensayar el material de guerra que ha de emplearse un día contra otros pueblos pacíficos, el llamado ejército nacional marroquí-italiano-alemán-etiope-portugués etc.), ha invadido Vizcaya y ha comenzado a raziar y a asesinar, 24.500 fusilamientos hasta hoy. Se asesina por haber hallado una cinta con los colores nacionales vascos, por haber oído hablar vasco. «Arriba España» lo justifica con luceros e imperios. Pero el Ejército que cantaba:

Azkatasun eguzkia
basotik urtenda
arin zabaltzenda.
Itxartu zaiz euzkotara,
euzkaldun gustiak,
gora, gora aintxiñako legiak.

(El sol de la libertad ha salido del bosque y va extendiéndose rápidamente. Despierta, amante de Euzkadi; arriba todos, por nuestras antiguas leyes.)

— Ese mismo Ejército canta ahora, con una voz más firme aún:

Eguzkiak urtengo dau
laster basotik.

Es decir: «El sol de la libertad volverá a salir pronto del bosque.»

RAMON J. SENDER

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Los mineros bilbaínos se marchan con las fuerzas republicanas

Y el laboreo no puede ser reanudado

LONDRES. — El corresponsal del «Daily Telegraph» en el campo fascioso comunica que la reapertura de las minas de Bilbao ofrece grandes dificultades, porque la inmensa mayoría de los obreros se ha marchado con las tropas republicanas. (A. I. M. A.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este Boletín

4.000

soldados alemanes desembarcan en las cercanías de Gibraltar

Mientras las reuniones del trágico Comité de No Intervención se aplazan de semana en semana, Hitler y Mussolini tienen las manos libres

Gibraltar, 4 julio.—Según informan unos viajeros llegados de Cádiz, 4.000 soldados alemanes, vistiendo el uniforme español, han llegado el viernes último a San Roque, ciudad situada a unos 15 kilómetros al Noreste de Gibraltar.

Mientras las reuniones del trágico Comité de No Intervención se aplazan de semana en semana, Hitler y Mussolini tienen las manos libres.

Ya no hay Control, o, mejor dicho, sólo la frontera de los Pirineos está controlada.

(«L'Humanité».—5 julio.)

Criminal e inhumano, Hitler ensaya en los campos de concentración el efecto de los nuevos gases asfixiantes

AMSTERDAM, 6.—El corresponsal del «Daily Herald» en Amsterdam ha dado cuenta de las declaraciones prestadas por el antiguo prisionero 3.406 del campo de concentración de Dachau, y según las cuales se está experimentando los efectos de nuevos gases asfixiantes sobre los prisioneros. Aunque están provistos de caretas antiguas, como el sistema de defensa está sometido también a experiencias, se han registrado casos de envenenamiento graves y de muertes por desconocimiento del manejo de las caretas.—A. I. M. A.

Los haberes del clero bávaro serán disminuídos

Del periódico berlinés «Deutsche Allgemeine Zeitung»:

«Munich, 30-VI.—Ante más de 13.000 miembros del partido «nazi», el líder de la comarca tradicional de Munich-Baviera Alta, Adolfo Wagner, pronunció un discurso, en el cual glosó las relaciones entre el Estado y la Iglesia, lamentándose de que existía todavía una fuerza que se resistía al Estado nacionalsocialista. Esta actitud de la Iglesia hace necesaria la disminución de sus haberes, puesto que el Estado no puede sostener económicamente a una organización que lucha contra él. No se puede negar al Estado la obligación de llamar al orden a los perturbadores.»

Una correspondencia simpática

El Gobierno protege a la Ciencia, sírvale quien la sirva

El director del Observatorio del Ebro, P. Luis Rodés, es un sabio religioso jesuita enteramente dedicado a sus investigaciones. No hace mucho le envió al jefe del Gobierno su última obra científica, y el doctor Negrín le escribió dándole las gracias y ofreciéndole al investigador la asistencia que necesitase del Estado. En respuesta a la carta del jefe del Gobierno, que revela la tolerancia con el sacerdote y el respeto al sabio, éste le ha escrito al doctor Negrín lo que sigue:

«Excelentísimo señor doctor don Juan Negrín, presidente del Consejo de ministros.—Valencia.—Excelentísimo y muy apreciado señor: Le quedo sumamente agradecido por su deferencia en escribirme dándome las gracias por el ejemplar que le dediqué de mi trabajo «Influye la Luna en el Tiempo?»

No era menester se tomase usted esta molestia, pero de todas maneras, celebro mucho el que mi folleto haya sido de su agrado e interés,

y más aún el que haya dado motivo a que el Gobierno exprese su simpatía hacia la labor de este centro, con la seguridad de que se nos han de dar las máximas facilidades para proseguir la en el futuro. Créame, excelentísimo señor presidente que aprecio en lo mucho que valen sus manifestaciones de simpatía en favor de este Observatorio, y ellas nos animarán a proseguir nuestros trabajos, para cooperar así, aunque en grado modesto, al prestigio de la ciencia patria.

En correo aparte le envío un ejemplar de mi trabajo «Contribución al estudio climatológico de la comarca de Tortosa» y días de nubes, que ha sido publicado también durante las presentes circunstancias, pero desde luego, dadas sus múltiples y abrumadoras ocupaciones, no se moleste en agradecerme.

Renovándole mi sincero agradecimiento por su interés por este Centro, se reitera de V. E. atto. s. s. que le saluda afectuosamente.—Luis Rodés, S. J.»

Del magno proceso histórico contra los facciosos

(Este informe pertenece a las diligencias sumariales que, por orden circular de la Fiscalía General de la República, están instruyendo todos los fiscales del territorio leal)

Fugitivos del terror faccioso en Málaga

(Relato según la declaración prestada ante el Fiscal Municipal de Curguill por el testigo presencial Antonio Morata López, natural de Málaga, de 33 años de edad y de profesión vendedor de pescado.)

¿QUE IMPORTABAN LOS PELIGROS DEL MAR?

Por fin aquella barca pesquera, sumida en las sombras de la noche, se halló fuera del alcance de las balas.

Los guardias civiles, que al darse cuenta de que aquella pequeña embarcación huía mar adentro la tiraron apresuradamente desde la playa, habían cesado en su agresión infructuosa.

Los siete tripulantes se sintieron henchidos de alborozo después de las accidentadas incidencias de su fuga. Ni siquiera les inquietaba las violentas sacudidas de la barca, impelida como un leve juguete, por las aguas encrespadas. ¿Qué importaban los peligros del mar si ya habían salvado su vida de la amenaza más temible para ellos, de las armas asesinas de los facciosos que dominaban la ciudad?

Desde la barca todavía se distinguían, allá sobre un fondo sombrío, las luces de Málaga que, brillantes como chispas, se reflejaban en el mar.

Lentamente se alejaban de la ciudad. Hasta que una impresión de melancolía mantuvo a aquellos hombres en doloroso silencio, cuando aquellas luces, como si se hubiesen hundido en el agua, desaparecieron de su vista. ¡Málaga, la bella...! ¡Salud! ¿Cuándo volverían a ella aquellos sus siete hijos fugitivos?

EVOCACION

Durante un buen rato, la emoción de aquella triste despedida sugirió a los fugitivos una callada evocación de los últimos turbulentos acontecimientos que habían determinado su huida.

Después de varios meses de lucha contra los ejércitos fascistas habían culminado los ataques de éstos, como un alud de barbarie que amenazaba destruir a sangre y fuego la hermosa aglomeración urbana de la gran ciudad mediterránea. Bardadas de negros aviones habían desplomado toneladas de metralla que abatían las casas entre explosiones horribles, mientras desde el mar, la artillería de los buques facciosos lanzaba ráfagas de obuses que perforaban la población como en un riego mortal. Las gentes caían en las calles o desaparecían bajo los escombros, entre un fragor de catástrofe...

Desde el cielo nítido y el mar de esmeralda, preseas que enojaban la gentil exuberancia de Málaga, la bella, le llegaba ahora la desolación y la muerte...

Luego, la invasión por las fuerzas armadas del fascismo internacional, a las que la ciudad recibió con temor y, a la vez, con supremo desdén. Puertas y balcones, cerrados. Las calles, desiertas, sólo ofrecían a las tropas que las hollaban, las ruinas de los edificios mutilados, los paredones ennegrecidos por el fuego de las bombas incendiarias y la hosquedad hermética de los hogares indemes.

Por la noche—y ya esto había de prolongarse durante meses y meses—se abrían las puertas a los recios golpes de llamada de las patrullas que, franqueado el paso, volvían a salir llevándose a sus moradores camino de las cárceles.

Después, los fusilamientos en masa, para descongestionar los nume-

rosos locales destinados a prisión que rebosaron desde los primeros momentos de millares de ciudadanos que, tachados de izquierdistas, eran conducidos a aquellos lugares, desde los que salían hacia su inmolación.

¡POBRES AMIGOS!

Antonio Morata López y sus seis compañeros—habitantes de la barriada de pescadores denominada el «Palo»—recordaban a algunos de sus convecinos que habían sido asesinados por los facciosos en los dos o tres primeros días siguientes a la invasión.

Rafael Pastor, Diego Pinazo, Emilio Rodríguez, Pepe «el Pinto», José Vega, Rafael «el Soldado», Antonio Jiménez, Benjamín Ojeda, Antonio Haro, Francisco Vergosa, Antonio Cañete, los hermanos Paco, José y Adolfo Toro, Juan «el Neño»... y tantos otros.

Instrucción Pública y Bellas Artes

Inspección General de Milicias de la Cultura

Milicias de la Cultura, del frente del Centro, ha sido honrada por el glorioso defensor de Madrid, el ilustre general Miaja, con interesante artículo. El general Miaja opina así de Milicias de la Cultura:

«La cultura en el Ejército Popular no sólo es necesaria, sino imprescindible. La República necesita un Ejército para la defensa del país, y esta fuerza armada ha de estar identificada completamente con el pueblo. Es imposible lograrlo si no se hace una labor cultural amplia en todos sus componentes. Necesitamos un Ejército, después de terminada la guerra, que sea competente y disciplinado; un Ejército moderno, en el que el manejo de las armas y el conocimiento de ellas no sea otra cosa que una asignatura más de los conocimientos que ha de poseer, pero de ninguna manera el principal. Hay que llevar hasta el Ejército todos los aspectos de la cultura, y puesto que nació del pueblo, ha de ser democrático y existir verdadera camaradería, dentro de la disciplina precisa para una fuerza armada, pues para ello están todos dispuestos, desde el general al soldado, y no ha de ser un sacrificio para nadie.

Una gran parte del Ejército que tantos días de dolor ha producido a nuestro país era una casta de señoritos cultos en apariencia, pero faltos de sentimientos humanitarios. Al que en los cuarteles se destacaba por su bondad y carácter democrático se le llamaba extremista, y como enemigo se le trataba y perseguía. Estos elementos que ellos llamaban peligrosos eran los únicos que podían conseguir el cariño y respeto de la tropa, y no era conveniente para sus bastardos intereses. A las clases nacidas del pueblo se les trataba, en general, despectivamente, y los hombres que llegaban al Ejército con deseos de aprender y elevarse encontraban dentro del cuartel cerrados todos los caminos para conseguirlo.

Estaba legislado que funcionaran las Academias regiminales, con el fin de proporcionar a la tropa en todos sus aspectos la cultura necesaria. Debían funcionar, según la legislación, Academias para analfabetos, cabos, sargentos, suboficiales; pues bien: aquello era lo legislado; pero en la práctica no se cumplía;

Los fugitivos pensaron en aquellos compañeros, modestos vendedores de pescado, que tan desdichadamente habían acabado sus vidas humildes, por la sola circunstancia de pertenecer a alguna sindical obrera o partido político del Frente Popular. ¡Pobres amigos! ¡Y desdichadas también sus familias, que lloraban su penosa situación de desamparo!

HACIA EL TERRITORIO LEAL

Y como si aquellos recuerdos les acuciasen nuevamente a acelerar su huida, reanudaron los fugitivos sus esfuerzos y la barca, proa al puerto de Almería, avanzó impulsada por aquellos que iban hacia la libertad. Atrás quedaba Málaga, con su ruina, su desolación y sus angustias bajo el terror de aquellas fanfarroas hordas de moros, de italianos y de alemanes, que pretendían ahogar en sangre el espíritu democrático de la ciudadanía española.

había muy pocos cuerpos donde las clases se celebraban y esto debido a la vigilancia que el jefe del cuerpo ejercía sobre los profesores encargados de estas clases. Ninguno de ellos sentía el cariño que debía existir entre el profesor y el alumno; parece que había un premeditado interés en que no aprendieran, y, desde luego, lo había en muchos casos. Con un hombre inculto se podía jugar y con un hombre que poseyera cultura era imposible. Esto era la finalidad que guiaba a los oficiales del antiguo Ejército.

Así era el viejo Ejército con respecto a la cultura. De sus sentimientos humanitarios no quiero hablar, pues los hechos, muy dolorosos por cierto, hablan por mí.

El nuevo Ejército, el Ejército del Pueblo, el que, terminada la guerra, con nuestro triunfo, ha de organizar España, ha de ser otro.

Un Ejército que se forja en el fragor de la lucha, en la que se defiende la independencia y la libertad de la Patria a costa de la vida de los mejores hijos de España, ha de ser un Ejército, no para la guerra, sino para impedir que ésta vuelva otra vez a estallar en nuestro país; ha de ser la salvaguardia de la Patria, de la libertad y de la justicia, y para ello es necesario que ahora, en la guerra, en los momentos libres que la lucha deje y después de ella de una manera intensiva y con una organización perfecta, se lleve a todos los componentes del nuevo Ejército la convicción de que no puede formar parte de él quien no sienta deseos de instruirse para aparecer ante el pueblo, no como un privilegiado con uniforme, sino como uno más a quien se le trata con cariño y se le recibe en todas partes con agrado, sin recelos de ninguna clase, entonces, que se vea en él al compañero y al camarada que con sus conocimientos, en vez de trabajar en la fábrica o en el taller, está en las filas del Ejército.

Ya tenemos ejemplo de esto en el Ejército de la U. R. S. S. Allí el militar no es el militar que nosotros hemos conocido, sino un ciudadano más, encargado de la defensa de su patria. Yo espero que el nuestro también sea un gran Ejército que sirva de ejemplo al mundo.»

Ocho generales españoles y ocho generales rusos

La princesa Eulalia nos dice—y hay que creerla, porque es de la familia—que su sobrino Alfonso XIII ha dado 2 millones de libras esterlinas para la rebelión militar española. También nos dice que la insurrección estaba preparada desde hace dos años.

Es cierto, desde luego, que la conspiración estaba ya madura en 1935, cuando Gil Robles era ministro de la Guerra. En esta época el reclutamiento para el ejército se hacía con una prudencia extrema y las maniobras militares del Guadarrama, en el otoño de dicho año, constituyeron un ensayo general de la marcha sobre Madrid.

Franco, Mola, Goded, Batet, Queipo de Llano, Cabanellas, Fanjul y Sanjurjo: tales fueron los generales escogidos para dirigir el ataque contra la República.

¡Ocho! Es curioso. ¿No es este el número de generales que han sido fusilados recientemente en Moscú?

Sí. Y lo que es más curioso aún es que se les ha acusado de haber proyectado los mismos crímenes que los ocho generales españoles han cometido efectivamente.

Quizá se me diga que nadie cree en la culpabilidad de los generales rojos, y que fué el mismo Stalin quien forjó esta historia...

Y este es, para mí, el punto más sorprendente del asunto.

Si ha sucedido en España, ¿por qué ha de ser imposible en Rusia? Una vez admitida la tesis de la culpabilidad de los generales rusos, es imposible creer que su ejecución haya debilitado el ejército rojo.

Los japoneses, al menos, no quieren ser sus víctimas. He aquí, a este respecto, la opinión del coronel Hata, jefe del servicio de prensa del Ministerio de la Guerra japonés: «Gracias a la ejecución de estos generales, el ejército rojo se ha convertido en una fuerza homogénea, limpia de todo elemento disidente».

Supongo que los alemanes deben de tener la misma opinión, aunque estén haciendo lo posible para persuadir a Francia de que la alianza rusa no tiene ningún interés militar.

Hace un año, el Gobierno español sabía que algunos generales en activo se dedicaban a hacer manejos contra la República; pero, contrariamente a Stalin, tuvo miedo de actuar energicamente. Si hubiese limpiado el Ejército español de una forma tan implacable como lo ha hecho Stalin, el mundo habría gritado con espanto: «¿Cómo!», «¿Franco, un traidor?», «¿imposible!» Y se hablaría del terror rojo de Madrid, como se hace hoy del de Moscú.

¡Pero cuánto horror real se habría ahorrado al pueblo español si se hubiese previsto la insurrección militar!

Los ocho generales rusos que han sido fusilados en Moscú, después del proceso del 12 de junio, podían no ser culpables; dejemos la solución de este problema a los historiadores futuros. Lo cierto es que los 1.654 hombres, mujeres y niños que han sido friamente asesinados en Guernica por la aviación alemana no eran culpables absolutamente de nada.

El ciudadano de aquí, y el de todo el mundo, sabe que no le amenaza en absoluto el destino de un Toukhatchevsky, pero ¿puede estar seguro de que no morirá un día en una nueva Guernica?

Y por esto, se acordará mucho tiempo aún de Guernica, cuando haya olvidado completamente el nombre del general Toukhatchevsky.

WILLIAM FORREST

¡Sólo los Pirineos están controlados!

Catorce días después de estallar la rebelión, el 31 de agosto del año pasado, acabado de regresar de San Sebastián, en donde pude ya apreciar la intervención italo-germana, dije en la Cámara:

«Está claro que ciertas potencias tratan de introducir en España hombres que, debiendo su victoria a esas potencias, estarían dispuestos, llegado el caso, a establecer un Frente en los Pirineos, y en el Mediterráneo una base al servicio de una agresión, dirigida, naturalmente, contra Francia...»

«Es casi increíble que los franceses puedan olvidar el peligro a que exponen a su país y a la paz, deseando o secundando, por un falso concepto de la neutralidad, la victoria de los rebeldes en España. Si continúan en su actitud son o serán culpables de traición a Francia.» («Diario Oficial», sesión del 31 de julio de 1936.)

Y, al reclamar el simple respeto al Derecho internacional, denunciaba, sin ánimo de propaganda, los peligros que inevitablemente supondrían para la paz «las conversaciones entre potencias», cuya necesidad se invocaba y de las que debía salir el trágico comportamiento del Comité de Londres.

Han pasado más de once meses, y las palabras que pronuncié en nombre de mi partido, bajo las injurias de las derechas, son hoy más verdaderas y más reales que nunca. Es el lenguaje empleado en la entrevista de Annemaree, el de la Confederación General del Trabajo, e incluso el utilizado ya por ciertos «nacionales», avergonzados de la difícil situación a que han conducido a Francia. Y, por último, es el lenguaje que se expresan las poblaciones de nuestros Pirineos, que conocen ahora ya la angustia de las ciudades fronterizas.

He pasado unos días en estas poblaciones que siguen con inquietud creciente los acontecimientos de España, a los que, la No Intervención, en sentido único, ha conducido a la situación actual.

Los habitantes de los Pirineos reconocen hasta qué punto tenían razón los comunistas. Se sienten directamente amenazados en su seguridad. Siguen intranquilos el vuelo de los aviones, pensando en los refugios de las grutas de sus montañas, y temen para sus aldeas y ciudades el mismo destino de Guernica.

Las últimas proposiciones italo-alemanas les han indignado. Y hacen un llamamiento a la unión de las masas, al Derecho internacional y a la libertad de comercio, para detener la amenaza en marcha, para proteger sus vidas y la de los suyos. Estos campesinos ven más claro que muchos políticos. Piensan como republicanos, como franceses y como amantes de la paz.

La elección de Perpignan fué una prueba. El viaje que acabo de hacer a través del Ariège me ha proporcionado aún más pruebas. Es tiempo todavía de salvar la paz, pero para ello es preciso que las democracias sepan oponer a la violencia y al «bluff» el dinamismo del Derecho.

P. VAILLANT-COUTURIER

(«L'Humanité»,—5 de julio de 1937.)

El "National Zeitung" de Basilea, hace una semblanza perfecta de los generales sublevados y dice que los generales fieles eran los mejores entre los oficiales españoles

El periódico independiente de Basilea, «National Zeitung», publica, bajo el título de «Galería de generales españoles», un artículo de su colaborador «Fernando Fulano», que una vez más prueba su conocimiento a fondo de la historia y de la situación de España.

Comienza por recordar el excesivo número de oficiales parásitos, que en tiempos de la monarquía, se consideraban como los verdaderos amos del país. En el Gobierno del Frente Popular vieron un peligro para sus privilegios y de ahí la rebelión, en cuyo rápido triunfo creían gracias al apoyo de los Estados fascistas. Recuerda cómo fueron fusilados todos los oficiales que se negaron a tomar parte en el movimiento.

Al estallar la rebelión había cientos de generales. No se sabe cuál ha sido la suerte de cada uno, pero sí que la inmensa mayoría no estaban al lado de la República. Entre los generales rebeldes, perdieron la vida: el general García Herranz, que cayó en Madrid en 19 de julio; el general Sanjurjo, que pereció en un accidente de aviación; Fanjul, hecho prisionero en Madrid cuando trataba de huir, y Goded, en Barcelona, fueron juzgados y fusilados. Mola, que juntamente con Goded, constituía la esperanza del partido militar y que había hecho una rápida carrera, poseía la dureza despiadada que le indicaba para ocupar cargos dictatoriales. Pasaba por ser el mejor estratega de los rebeldes, pero con su sistema destructor de hacer la guerra, solo consiguió que el pueblo madrileño y el vasco se resistieran enérgicamente.

De los siete generales que debían formar el directorio militar, cuatro—Sanjurjo, Fanjul, Goded y Mola—han desaparecido. No quedan más que Cabanellas, Queipo de Llano y Franco. El anciano Cabanellas, antiguo masón, lo mismo que Queipo de Llano, reza ahora a la virgen del Pilar. Últimamente se habla poco de él. Queipo de Llano está anunciando incansablemente en la radio de Sevilla, desde julio de 1936, el triunfo definitivo de las «armas nacionales». Primo de Rivera le había relevado de su cargo en Marruecos por «falta de hombría». El «general Demóstenes», como le lla-

man sus admiradores, se ha desgastado en la labor de propaganda. Sus exageraciones, atribuidas al abuso de bebidas alcohólicas, empiezan a ser insostenibles hasta para los nacionalistas.

Todas las esperanzas del partido militar se concentran, pues, en Franco, «elegante y conciliador», «antiguo liberal», que tiene muchos partidarios en el cuerpo de oficiales. Las potencias fascistas creían poder entenderse con él mejor que con otros y por eso insistieron en que se le nombrara jefe. Los falangistas trataron de tejer alrededor de su persona el mito del «führer». Pero al cabo de algunas semanas, los mismos falangistas comenzaron a mostrarse disgustados, porque Franco solo podía ejercer su jefatura a costa de difíciles compromisos y de complacencias con los deseos de los extranjeros. Todavía hoy es dueño de la situación. El jefe falangista y otros muchos han sido encarcelados, pero el conflicto subsiste.

De todos modos, Franco, aunque bajo curatela, tiene el mando en sus manos. En el campo republicano las milicias primitivas se están ya transformando en formaciones regulares, cosa que no hubiera sido posible sin la abnegación de un puñado de oficiales de alta y baja graduación que se mantuvieron fieles a la República.

Los generales fieles, eran los mejores entre los oficiales españoles: Pozas, que venció la confusión revolucionaria en Cataluña y organiza el frente de Aragón, y Riquelme, Inspector General del Ejército español, han gozado siempre de buen nombre. Entre esos generales prestigiosos, figuraba Miaja. La figura de éste, unida por el destino a Madrid, ha adquirido significación histórica. El 7 de noviembre organizó con energía increíble la heroica defensa popular. Desde el primer momento aseguró que los rebeldes no entrarían jamás en la capital de la República. La compenetración entre el general y el pueblo es absoluta, porque Miaja procede del pueblo. Cuando al principio de la guerra le dijeron los rebeldes que pensase en su familia prisionera en Marruecos, respondió sencillamente que él cumpliría con su deber. Su único objetivo es la libertad del pueblo español.

El gran escritor proletario Kristu Beleff, delegado de Bulgaria en el II Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura que se celebra en España, dice:

“Para resolver prontamente la guerra de España se impone un acuerdo concreto y efectivo de los dos Internacionales obreras y una unidad de acción inmediata entre todos los pueblos democráticos”

Kristu Beleff es un escritor proletario popularísimo entre las masas obreras y los sectores democráticos de Bulgaria. Su novela de guerra «El alud», traducida al francés, al ruso y al checoslovaco, obtuvo una gran tirada y una acogida calurosa entre los militantes republicanos búlgaros y la opinión izquierdista en general. Esta obra pertenece al género de «El fuego» y «Sin novedad en el frente», y, como ellas, describe con trazos vigorosos las miserias y las crueldades de la guerra.

Es autor de otras obras, como «El duelo», «La canción del zueco», «Cambio de bandera». Y ha publicado, igualmente, libros con impresiones de viaje, en los que se refleja, igualmente, su fuerte temperamento revolucionario: «Berlín», «En el país de las camisas negras». Acaba de lanzar a la luz pública una nueva obra de este género, titulada «Madrid», en la que enfoca con su clarividencia y reciedumbre habituales el panorama de la lucha que sostiene España contra el fascismo invasor. Kristu Beleff no sólo es un novelista recio y humano, sino también un excelente crítico literario. Viene al Congreso en representación de los «Escritores antifascistas progresistas de Bulgaria», cuya representación ostentó igualmente en el «Congreso mundial contra la gue-

rra», celebrado en Amsterdam el año 1932.

Beleff no es un escritor entregado por completo a su profesión. Su vida toda es la de un formidable luchador antifascista. Ha estado cuatro veces en las prisiones de su país, con un total de ocho años de vida carcelaria. Dos veces emigrado, «en París y en Rumania. Condenado a muerte y amnistiado gracias a la presión internacional.

«Como antifascista de siempre—empieza diciéndonos—, venido a España para testimoniar mi simpatía por vuestra causa y mi admiración por el heroísmo que ha demostrado el Ejército Popular. Siento un placer muy vivo al encontrarme entre vosotros, pues he deseado esta convivencia desde que se inició la sublevación fascista. La lucha que sostiene el pueblo español contra los intervencionistas alemanes e italianos es un ejemplo magnífico y una bandera de combate para todos aquellos pueblos que defienden su libertad y su cultura.

España salvará a otras democracias, a pesar de que éstas han hecho muy poco por salvarse. El Comité de Londres me parece un nuevo fracaso de la táctica conciliadora y legalista, frente a las provocaciones y audacias del fascismo europeo. Es un fenómeno lamentable, porque mientras las democracias no se den cuenta de la gravedad del momento y actúen de la forma debida, es decir, haciendo suya la causa del pueblo español, no habrá en el terreno político una solución del conflicto.

Estimo también que para resolver prontamente la guerra se impone un acuerdo concreto y efectivo de los dos Internacionales obreras y una unidad de acción inmediata entre todos los pueblos democráticos. La opinión mundial pide a gritos estas medidas elementales para cortar los vuelos al fascismo. El movimiento de solidaridad con la España republicana es impresionante y creo que jamás se ha dado en la Historia un fenómeno igual. En lo que se refiere a los países bálticos, tengo pruebas irrefutables de que las masas obreras y progresivas sienten como propia la causa del pueblo español, y aunque las autoridades no permiten apenas expresar este desbordamiento de auténtica solidaridad, las masas aprovechan cualquier ocasión de manifestar su simpatía, sin tener para nada en cuenta las represiones de que son objeto al intentarlo. Pero acaso por este motivo, es más profunda y corajuda la adhesión de aquellos antifascistas hacia el gesto epopéico de España, pueblo glorioso donde se ventila—y se resolverá favorablemente—un porvenir libre para toda la Humanidad.»

Un español, hombre de derechas, que ha regresado a Cuba, donde reside, después de un largo viaje por España, dice que Franco fracasará mil veces por su táctica en los frentes y en la retaguardia y porque España no le quiere

“Al lado de los rebeldes luchan moros, italianos y alemanes, y las Baleares “son” italianas”

Acaba de llegar a La Habana, donde reside desde hace muchos años, un español que ha hecho un largo viaje por su patria.

En ella se hallaba cuando se desencadenó la lucha que la azota. Las incidencias de la guerra y su amor a la tierra que le vio nacer le llevaron de una ciudad a otra. Ha visto poblaciones dominadas por el fascismo—donde se encontró al estallar la sublevación—; y ha estado en el campo leal, en las poblaciones que permanecieron fieles al Gobierno de la República. Ha recorrido el suelo que le vio nacer.

Es hombre de derechas, de extrema derecha, pero sincero, noble. No sabe ni quiere ocultar su pensamiento.

A sus simpatías—en los primeros momentos—por el elemento rebelde se debió el que permaneciera durante mucho tiempo en la zona fascista. Allí vivió, allí conoció a los protagonistas sumos de la tragedia desatada sobre España, allí estudió a personajes y personajesillos y profundizó en sus falsos ideales, en sus absurdas concepciones ideológicas, y se adentró en la entraña del movimiento.

Fruto de sus observaciones, de su estudio, de sus conocimientos de personas y hechos, han sido sus declaraciones en La Habana. Declaraciones por impulso propio, manifes-

taciones espontáneas, surgidas de la amargura que le causa el proceder de los facciosos, frente a la noble actitud del pueblo que defiende su libertad y, lo que es más, su independencia.

Ha visto claramente que se trata de una guerra de invasión, que las derechas españolas han cometido el crimen de vender a su patria y él, español antes que nada, aunque de derechas, condena el hecho abierto y públicamente.

—Las cosas—ha dicho—van mal para los fascistas, e irán peor, si no me equivoco, en tiempo muy próximo. Que no se hagan ilusiones los facciosos. Franco fracasará mil y mil veces con la práctica que sigue, tanto en los frentes como en la retaguardia. Y fracasará, además, porque se ha demostrado claramente que España no le quiere.

La táctica derechista en mi patria ha sido siempre el hinchar el perro propio y pinchar el ajeno. De ahí las calumnias, la falta de respeto a la honorabilidad de los enemigos, aunque su honradez no tenga tacha. De ahí las campañas de injurias que en vez de beneficiar perjudican; de ahí un engaño que al ser descubierto decepciona y deprime, cuando no hace reaccionar en sentido contrario por la injusticia que supone.

Yo mismo fui engañado mientras viví en las poblaciones que se ha-

llaban en poder de los facciosos, pero pronto me convencí del error al contrastar lo que decía la Prensa que en ellas se publicaba, con la realidad que palpé en las ciudades en poder del Gobierno.

Los facciosos, que alardean de orden, disciplina y moral—continúa diciendo—, ni tienen moral ni orden. Disciplina, sí; disciplina impuesta por la violencia, por el terror. Su imperio se asienta en ese terror. Toda su actuación se basa en el miedo. Hablan de moral y continúan cometiendo crímenes espantosos como los de Málaga, como los de Vizcaya.

Además—agregó—engañan descaradamente al pueblo que tienen ahorrado y a los mismos elementos que fuerzan a ayudaries.

Algún día lo verán éstos, lo descubrirán. Y lo verán también la mayor parte de los falangistas de choque, los que arrastrados por la propaganda y la mentira están en las trincheras.

R'sa y vergüenza—vergüenza como español y como hombre de derechas—me da leer los periódicos facciosos y oír las radios de aquel campo. Sobre todo la de Sevilla, con Queipo de Llano de «speaker». Ese hombre, o está loco o es de lo más soez y bruto que yo he oído. ¡Y sin embargo, lo alaban!

El Gobierno vencerá, no lo duden ni un momento. El Gobierno de la

República sabe lo que los facciosos pueden hacer y los facciosos no saben de lo que es capaz el pueblo. No lo saben, porque no les permiten saberlo sus dirigentes.

España vibra como en tiempos de Napoleón, y no es, precisamente, en el lado fascista.

Se habla con exceso de que al lado del Gobierno luchan elementos extranjeros. Estos son pocos y voluntarios de verdad, ciudadanos de distintas naciones. Donde tienen extranjeros organizados como tales extranjeros, formando cuerpos de ejército regular, es en el campo faccioso. Estos combaten ayudados por moros, italianos y alemanes. Mejor dicho, alemanes, italianos y moros combaten contra España con el apoyo de los facciosos.

Por eso no creo que exista más epopeya que la de los españoles que combaten contra los invasores de su patria; ni que exista fe, valentía y espíritu de sacrificio más que en el campo de la España leal. En el pueblo.

Dentro del territorio que permanece fiel al Gobierno de la República, el orden es perfecto. No así en el campo faccioso. Tengo allí un amigo, combatiente fascista, y de cada diez cartas que le escribo recibe una. En cambio, a poder de mis ami-

(Continúa en la página siguiente)

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

Albert Bayet pide que Francia ayude a España

Siendo los Pirineos frontera fascista y hallándose las Baleares en poder de Italia, ¿qué ministro de la Guerra podría responder de la seguridad de Francia?

Pese a las maniobras diplomáticas, la actitud agresiva italo-alemana ha quedado tan a viva luz que nadie, aun deseándolo con todas sus fuerzas, podría continuar simulando ignorancia. Italia y Alemania, particularmente la primera, ante la caída de Bilbao, han creído llegado el momento decisivo y han abandonado su táctica, sustituyendo el disimulo por la arrogancia.

Francia e Inglaterra adoptan posiciones, si no todavía suficientemente contundentes, si más acordes con sus propios intereses amenazados de modo directo por las autocracias.

Albert Bayet, siguiendo su campaña, se dirige a los senadores que rodean al Gobierno francés y les dice que piensen un poco menos en sus intereses particulares y un poco más en los intereses de Francia, a la que acechan los más graves peligros. Dice así:

«Me extraña que a nuestros senadores les guste politiquer en un tiempo en que, la gravedad de la situación internacional debía de absorber la atención de todos los franceses.

Pero, en fin, cualesquiera que sean nuestras dificultades financieras, de otras hemos salido y, como dice el proverbio, «herida de dinero no es mortal». No solamente saldremos del apuro, sino que, a despecho de los augures y de los pontífices, acabaremos por entrar, queramos o no, en ese régimen de abundancias, cuyo advenimiento considera seguro Jacques Duboin. Pero con una condición: la paz.

La paz, es decir, la seguridad francesa en la seguridad colectiva, la libertad de todos los pueblos y la justicia internacional.

Ahora bien, a fuerza de hacer concesiones a las dictaduras fascistas, hemos logrado que amenacen cada vez más abiertamente a la paz y a Francia.

Hemos dicho muchas veces, desde el principio, que Hitler y Mussolini convertirían la No Intervención en un fraude. Los hechos confirman trágicamente esta fácil previsión: Alemania e Italia, arrojan la careta, repudian la fórmula engañosa con que cubría sus empresas guerreras y declaran sin reparos que llegarán hasta el final. Hasta el final, es decir, hasta la victoria de Franco, hasta la colonización de España.

Es necesario que nuestras preocupaciones financieras no nos hagan perder de vista la extrema gravedad de esta decisión germano-italiana.

El hecho de que el fascismo internacional se haya adueñado de las Baleares, constituye una amenaza para la seguridad de Francia. Todos saben que para compensar nuestra inferioridad numérica, contamos con nuestras tropas de África del Norte. Ahora bien, si llegase el momento en que nos fuera preciso transportarlas a la metró-

poli, la situación de los fascistas en las Baleares constituiría para nosotros un gran obstáculo.

¿Pero cuál sería nuestra situación si nos fuera necesario poner en condiciones de defensa nuestra frontera de los Pirineos?

¿Qué ministro de la guerra podría responder de nuestra seguridad, si nuestras comunicaciones con África estuvieran amenazadas, teniendo que hacer frente por el Norte, por el Este, por el Sureste y por el Sur?

Lo digo con todo el respeto que un radical debe a la Alta Asamblea; me parece que estas consideraciones debían atraer la atención del Senado y que las fuerzas que emplea en su campaña contra los socialistas tendrían mayor utilidad si las consagrara al examen de los asuntos de que depende la vida misma de Francia.

—¿Qué hacer?—se dirá.

Primeramente, estrechar públicamente los lazos pacíficos que nos unen a la U. R. S. S.; que no parezca que echamos en olvido un acuerdo puramente defensivo, que es la más sólida muralla de la paz, en el continente.

En segundo lugar, llevar el asunto de España ante la Sociedad de Naciones.

Cada vez que hemos preconizado esta solución, se nos ha objetado que el recurrir a Ginebra equivaldría a desligarse del Comité de Londres. Pero ahora que el Comité de Londres agoniza, ahora que la No Intervención no es más que una palabra, la objeción, en el supuesto de que alguna vez haya sido sólida, carece de todo valor.

Frente a la ofensiva brutal de las dos dictaduras fascistas, el buen sentido dice que Francia, en interés del mundo y en su propio interés, debe dirigir un llamamiento a todos los pueblos que desean la paz.

Que las naciones reunidas en Ginebra digan claramente si Alemania e Italia han atacado a España o si, por el contrario, fué España la que atacó a Alemania e Italia.

Una vez dictado el veredicto honrado, que no puede eludirse, Francia, como primera medida, debe abastecer a la República española.

Mientras Portugal rechaza la presencia de los oficiales ingleses que vigilaban su frontera, Francia continúa haciendo guardia, en los Pirineos, contra ella misma.

Ya es hora de que cese todo esto, y para que esto cese, es preciso que nuestros políticos enfoquen resueltamente el problema exterior, y lo lleven al primer plano de sus preocupaciones. Los pequeños juegos de politiquería pueden tener su encanto; pero dirigir alfilerazos a los ministros socialistas no es el mejor modo de evitar el cerco de Francia y de conseguir que la paz quede asegurada.»

Berlín-Burgos vía Lisboa

El 29 de abril llegaron a Lisboa, procedentes de Alemania, 842 bombas de aviación, 300 cajas de cartuchos cargados y 25 cajas de cartuchos vacíos, destinados al Ministerio de la Guerra portugués. Este material de guerra fué enviado a la España rebelde. El mismo día, salieron por la estación de Rocio (Lisboa), con dirección a España, varios vagones cargados de alambres para trincheras.

El 30 de abril entraron en España, por el puesto fronterizo de Minas de Santo Domingo, seis camiones cargados de dinamita. Los empleados de la aduana portuguesa intentaron oponerse a su paso porque «no habían recibido la orden de las autoridades competentes».

Con el pretexto de ser enviadas a las minas de Río Tinto, pasan continuamente enormes cantidades de dinamita por Vila Real de Santo Antonio. También pasan camiones cargados de explosivos, destinados a dichas minas. Por el río Guadiana se ha enviado también gran cantidad de material de guerra, que ha sido desembarcado en el puerto de La Lage.

El día 5 de mayo, y sin ninguna formalidad de aduana ni pago de derechos, fueron enviados desde Lisboa a Badajoz, siete vagones cargados de «arroz».

El 7 de mayo, el vapor alemán «Stacklack», descargó en Lisboa 10.000 sacos de nitrato de sosa, que venían consignados a la Unión Española de Explosivos.

El 9 del mismo mes, salieron de Lisboa, con dirección a Alcántara-Mar (Portugal), siete vagones cargados de gasolina, consignados a la Vacuum Oil Company. De Alcántara-Tierra fueron reexpedidos a Braco de Prata y desde este último punto a Badajoz.

El 10 de mayo fueron enviados a Sevilla 100 barriles de trinitrotol, descargados del buque alemán «Lalveck».

El 4 de mayo, salieron de la fábrica de Trafaria, 4 camiones de dinamita con destino a Sevilla, y 2 con destino a Orense; de la misma fábrica y para los mismos destinos, salieron expediciones los días 6 y 8 de mayo.

La fábrica de Trafaria es propiedad de la Unión Española de Explosivos y trabaja exclusivamente para Franco. Su director es Juan Ruy, que se encontraba en Bilbao al estallar el movimiento rebelde; fué llamado a Burgos y enviado a Portugal.

(Agence Espagne.)

Un evadido llegado a nuestras filas relata el desembarco de italianos, alemanes y moros en Cádiz

Villaharta.—Ha llegado a nuestras filas un soldado del regimiento número 33, de guarnición en Cádiz. Se evadió por el pantano de Córdoba, logrando llegar a esta población después de no pocas penalidades.

Este evadido ha hecho algunas declaraciones sobre las represiones ejercidas en Málaga al entrar el ejército italiano.

«Los asesinatos—dice—los realizan en su casi totalidad los guardias civiles y los falangistas, llevando de noche las víctimas a las puertas del cementerio, frente a cuyas tapias los fusilan.»

Relata la situación de la retaguardia facciosa, donde cada día se registran más necesidades, aumentando las colas de los que acuden ante los cuarteles a recoger las sobras de los ranchos.

«Tampoco hay abundancia en la vanguardia, pues a los soldados se les entregan panes de cien gramos y muchas veces se come un solo plato de patatas hervidas. La retribución es de una peseta cada ocho o diez días. Y la disciplina, la rigida disciplina cuartelera se traduce muchas veces en abundantes bofetadas, por el nimio pretexto de no haber saludado a cualquier personaje fascista o a cualquier extranjero.

A los malagueños—sigue hablando el soldado mencionado—no se nos entregaba armamento, destinándonos a trabajos de fortificación y transporte.

Yo fui trasladado de Málaga a Cádiz, donde pude ver por mis propios ojos cómo el día 24 de junio desembarcaban de varios barcos procedentes de Ceuta 8.000 soldados italianos y alemanes y 700 moros.

Durante el desembarco, dos aviones republicanos actuaron sobre las fuerzas invasoras, y desde cuatro buques de guerra alemanes y dos italianos que había en la bahía gaditana, se abrió fuego contra nuestros aparatos, a los que afortunadamente no tocaron.

Desde Cádiz me trasladaron al frente cordobés, de donde me he podido evadir.

Por mis ojos he visto también—siguió diciendo—cómo nuestros aviones derribaron dos hidros fascistas en la rada de Málaga. Y cómo nuestros barcos destruyeron el día del llamado Jueves Santo las baterías facciosas instaladas en el castillo malagueño.

También presencié, con el dolor que puede suponer, cómo varios barcos de nacionalidad italiana se llevaban gran cantidad de arrobas de aceite de nuestra cosecha.»

«En mi compañía, tres soldados malagueños, aterrados por los malos tratos de que eran objeto continuamente, se suicidaron, prefiriendo la muerte a la tiranía facciosa.»

Con este evadido llegaron a nuestras filas tres soldados más.

Cada vez que hemos preconizado llevar el asunto de España ante la Sociedad de Naciones, se nos ha objetado que el recurrir a Ginebra equivaldría a «desligarse» del Comité de Londres. Pero ahora que el Comité de Londres agoniza, ahora que la No Intervención no es más que una palabra, la objeción, en el supuesto de que alguna vez haya sido sólida, carece de todo valor.

Frente a la ofensiva brutal de las dos dictaduras fascistas, el buen sentido dice que Francia, en interés del mundo y en su propio interés, debe dirigir un llamamiento a todos los pueblos que desean la paz.

(De un interesante artículo de Albert Bayet)

Un español, hombre de derechas...

(Continuación)

gos que permanecen fieles a su condición de españoles, llegan todas las que les escribo.

Además, he estado en Madrid, en Barcelona, en Valencia, en Alicante, en San Sebastián, en Vitoria, en Burgos, en Salamanca, en Valladolid y en otros sitios más y puedo hablar de la situación política, social y militar de ambos campos.

Me hallaba en las ciudades del Gobierno durante los meses de octubre y noviembre, es decir, cuando el avance de los facciosos sobre Madrid, y puedo afirmar que el orden era muy superior al que existía entre los rebeldes tiempos después, cuando me encontraba entre ellos.

Allí sí, allí el desorden era «efectivo», aunque se cubrieran las apariencias, aunque se delaten los hechos. En vez de orden imperaba la tiranía, que no es lo mismo, aunque hipócritamente querían que lo pareciera.

Baleares—ha afirmado—es italiana, o lo parece, por lo menos. No he estado allí, pero he recibido una carta con «sello italiano», aunque el matasello fuera español.

Soy derechista—ha añadido—, y hasta casi me considero neutral por los largos años que hace que resido fuera de España. Por eso puedo hablar imparcial y sinceramente.

Lo de Asturias, aumentado hasta lo infinito, es lo que Franco hace. Lo que se hizo entonces tuvo la repulsa de todo el mundo. No la disimularon ni los elementos de derecha. Repelió, indignó, sonrojó, y eso que no se supo nunca la verdad entera. Pues ahora es mil veces peor. Se procede más criminalmente, con mayor crueldad.

Puedo confesar que fui franquista hasta que estuve con Franco, hasta que respiré aquel ambiente, hasta que lo conocí, y afirmo que muchos derechistas, si pudieran pisar la España republicana, se entusiasmarían con la obra del pueblo y de su Gobierno.

—Veo—ha manifestado—que los periódicos derechistas, lo mismo los de Cuba que los de los Estados Unidos—que son bien de derechas—, pierden las simpatías que sienten por los rebeldes. Se inclinan, obedeciendo a su espíritu de justicia, hacia la verdad.

En Inglaterra las perdieron ya, así como en Francia.

Por otra parte, el Gobierno republicano ha organizado un Ejército moderno, bien pertrechado, fuerte, seguro de sí mismo. Con él es seguro su triunfo, por muchas ayudas que reciban los facciosos. Y, sin ayudas, en un mes estarían en Lisboa.

Esto es tan cierto que basta, para asegurarlo, mirar hacia atrás. Cuando el avance hacia Madrid el Gobierno, sin más armas que unos fusiles, hizo que la marcha de todo un ejército organizado y pertrechado con toda clase de armas extranjeras, fuese lenta, lentísima, y el pueblo, con aquellos fusiles contuvo al ejército.

Franco, por soberbia, en su empeño de vencer, ha vendido su patria. Pero será vencido, con la vergüenza de la doble traición; caerá manchado con esa indignidad.

Así ha hablado este hombre de derechas que acaba de regresar a Cuba, después de haber estado en las ciudades fieles al Gobierno del pueblo y en las que sufren el dominio del fascismo.